



COSAS MÍAS

EDURNE
URIARTE

EL INDEPENDENTISMO ES COOL

Que el independentismo sea cool explica también la propia respuesta a preguntas como la del referéndum

COOOL, la palabreja más insoportable del lenguaje pijo-cursi español, tiene tanto éxito últimamente que se ha generalizado su uso para describir los estilos y actitudes modernas, sofisticadas y elegantes. Vale lo mismo para un traje, para una silla que para un nacionalismo, siempre que sea catalán, vasco o camerunés. El independentismo, por ejemplo, tan viejo en la política española como el franquismo, es decididamente cool, a diferencia del centralismo, incluso del autonomismo, que es más bien clásico y démodé. Igual que el izquierdismo, cool, aunque se vaya a dar un varapalo en las elecciones y haya envejecido más y peor que la derecha.

Lo que explica el alborozo cada vez que sale un aluvión independentista por algún lado, por ejemplo, por el de las encuestas. Como la última del Centre d'Estudis d'Opinió de este pasado mes de octubre en el que ha aparecido nada menos que un 45,4% de catalanes dispuesto a votar a favor de la independencia. Como el independentismo es cool, a nadie le ha importado lo que venía después, los motivos para votar por la independencia, con uno destacado a varios cuerpos de distancia sobre los

demás, el de la «capacidad de autogestión económica», es decir, quedarse con los impuestos catalanes para los catalanes. O, en actitud poco del gusto cool, muy de Liga Norte, pero de eso no se habla.

Que el independentismo sea cool explica también la propia respuesta a preguntas como la del referéndum. Entre un Sí y un No, sin alternativa alguna por donde escaparse y mantener el prestigio social, pasa lo que pasa, que el independentismo se dispara. Lo mismo que el izquierdismo. Resulta que hasta los de CIU se apuntan a la izquierda, de tal manera que apenas hay catalanes de derechas en la encuesta. Y cómo los iba a haber, con lo sencillo que es declararse de izquierdas, cool, aunque luego se vote masivamente a la derecha nacionalista de CIU.

Claro que cuando los encuestados se sienten menos pillados entre la espada y la pared, con preguntas sobre la organización territorial más deseable con algún margen entre el Sí y el No, el independentismo se modera considerablemente, hasta un 28,2 por ciento de los catalanes. Y eso que en la encuesta del Centre d'Estudis hay una sobrerrepresentación nacionalista. Si no la hubiera, probablemente saldría lo mismo que en otras que han medido lo mismo en los últimos años. Entre un 20 y un 25 por ciento de independentistas en Cataluña y entre un 20 y un 30 por ciento en el País Vasco (Barómetros Autonómicos del CIS de 2005 y 2010) Un porcentaje que no se ha movido desde los primeros tiempos de la democracia, a pesar de la prensa positiva que tal actitud ha tenido en España frente a su opuesto, el centralismo, barrido como un tabú del debate político y arrojado al cubo de la basura política por los dueños de los estándares de aceptación social.

Si en el más favorable de los mundos sociopolíticos posibles, el independentismo no ha superado jamás el 30 por ciento en Cataluña y País Vasco, más bien el 25 por ciento, eso quiere decir que no lo hará jamás. O que el fantasma de la autodeterminación y la independencia tienen una más que limitada capacidad de presión y condicionamiento. Incluso menor que la del centralismo, el día, eso sí, que el centralismo sea igualmente cool.